

Repensar el marxismo: después de las derrotas

Rethinking Marxism: after the defeats

Carlos Forcadell Álvarez
Universidad de Zaragoza

¿Cuáles considera que han sido las principales contribuciones de Marx y del marxismo posterior a la concepción de la Historia y la historiografía, sus méritos y sus puntos débiles?

Toda la obra de Marx, desde el comienzo, se nutre de la historia y del análisis del pasado para fundamentar tanto la comprensión del presente como el horizonte de luchas políticas, democráticas, obreras y emancipadoras al que debía dirigirse la acción política. Es en este sentido en el que se constituye un «materialismo histórico» que supone una auténtica inversión del historicismo y de la historiografía nacionalista que desplegaban los nuevos Estados nacionales europeos, autosatisfecha y apologética, así del pasado como del presente, como ilustran los casos de Guizot (1787-1874), que celebraba tanto a la nación francesa como a la sociedad burguesa posnapoleónica, o de Ranke (1795-1886), quien justificaba los hechos históricos como cumplimientos objetivos y necesarios, contemplaba una historia cerrada, convertida en «patrimonio», en pasado archivado y alejado de las «pasiones del presente», y sacralizaba lo existente, que para él era la nueva Alemania y el conservadurismo antiliberal del Reich bismarckiano.

La radical novedad de Marx, y de la larga

huella del materialismo histórico en la historiografía posterior, fue esbozada en aquel texto de 1845 que los veinteañeros Marx y Engels dejaron inédito para «la roedora crítica de los ratones», *La Ideología alemana*, que actuará como hilo conductor de su obra posterior, una concepción de la historia radicalmente antihistoricista como queda reflejada en las optimistas páginas del *Manifiesto Comunista* publicado, este sí, tres años después. Pero el optimismo, como la propia primera juventud de los padres fundadores, no iba a durar mucho. Hay que subrayar que la obra teórica y la práctica política de Marx, inseparables por definición, se desarrollaron entre dos gigantescas derrotas de sus esperanzas y proyectos para la Europa de su época, la de la democrática primavera de los pueblos en 1848 y la de la sangrienta represión de la Comuna levantada por los trabajadores parisinos a partir de 1871.

La historia viene escrita por los vencedores a corto plazo, pero al final, como ha insistido Reinhart Koselleck, acaba siendo elaborada por los vencidos, cuya mirada es siempre crítica, porque «la experiencia que se saca de una derrota encierra un gran potencial de conocimiento», y pone como ejemplo al propio Marx, que escribe sobre las revoluciones del siglo XIX desde el punto de vista de las clases trabajadoras



Obreras de una fábrica de tabaco en Tampa, Florida (Foto: Lewis Wickes Hine, fuente: Museum of Photographic of Arts).

vencidas, historizando sus derrotas para recuperar y proyectar las esperanzas de los vencidos. Terry Eagleton escribe que «para Marx solo podemos avanzar hacia el futuro recordando el trauma del pasado». (*Materialismo*, 2017, pág. 110).

Desde esta perspectiva las aportaciones del marxismo al método histórico y a la práctica historiográfica contemporánea han sido innegables y de gran envergadura, incluso para quienes han escrito historia alejados de una identidad «marxista». Alguien tan poco marxista como Tony Judt, y con anterioridad a la crisis de 2008, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones o militancias comunistas, escribía: «Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, cómo abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades [...]. No

hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra esta resurgiendo en todo el mundo... Así, al mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha librado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros, y probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo» (*Sobre el olvidado siglo XX*, 2008, pág.143).

La historiografía de referencia o tradición marxista ha sido muy plural y variada. Sus debilidades y límites han sido mayores y más visibles cuanto mayor ha sido su dificultad en desembarazarse de una teleología y esquematismo finalista implícitos en una visión políticamente militante de la historia, y de modo más acusado cuando se ha desplegado, a lo largo del siglo XX, al servicio de las políticas de la memoria y usos públicos de la historia promovidos oficialmente por Estados comunistas (URSS, Re-

pública Democrática Alemana, países del bloque soviético en Europa, China, etc.), ahora sí, temporalmente vencedores..., hasta 1989.

¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?

Esa historiografía marxista oficial de países comunistas ha caído en el olvido y, en su momento, careció de incidencia en la escritura de los historiadores europeos y americanos, pero el método histórico inaugurado por Marx fue cultivado y desarrollado tras la Gran Guerra, desde fuera de la academia, por teóricos como Lukacs, Gramsci..., o formó parte del instrumental metodológico de algunos miembros de la primera generación de los *Annales* como Marc Bloch, o historiadores alemanes de Weimar como Arthur Rosenberg... Y el momento de mayor influencia del marxismo en la investigación y en la escritura de la historia llegó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzó a desplegarse una historiografía marxista original y potente cuyos numerosos efectivos se lanzaron, por primera vez, a la conquista de las universidades, capítulo relevante de una etapa en la historia de la historiografía en Occidente que vino a coincidir con las largas décadas de la «guerra fría» (1950-1990).

La historiografía marxista de la revolución francesa (Soboul, Vovelle...), en la estela de Lefévre y Mathiez, fue sistemáticamente traducida por las editoriales españolas e influyó poderosamente en la historiografía española del periodo del segundo franquismo y hasta bien entrados los ochenta, así en la enseñanza como en la investigación; y simultánea fue la presencia intelectual, editorial e historiográfica de los historiadores marxistas británicos: Hobsbawm, Hill, Rudé, Samuel, Thompson, An-

derson..., quienes fueron objeto a través de sus traducciones al castellano de una notable recepción en las historiografías española y latinoamericana. Tampoco estuvieron ausentes aproximaciones antropológicas y al análisis cultural (Raymond Williams), posteriormente revalorizadas. Desde el marxismo y la tradición marxista se atendía y subrayaba la mundialización del sistema económico (Wallerstein, Arrighi, Brenner), destacaban medievalistas y modernistas polacos (Kula, Topolski), se abrían los «estudios subalternos» en la India (Ranajit Guha, Chakrabarty) que también reinterpretaban, por su parte, los conceptos gramscianos de subalternidad y hegemonía desde la perspectiva de los dominados... Enzo Traverso escribe que, en general, «a partir de la década de 1960 la historia social y cultural alcanza un auge impresionante, en el marco de un marxismo abierto y antidogmático. La historiografía en su conjunto se transformó bajo el signo de una confrontación casi obligatoria con el marxismo» en un ciclo fulgurante que es el que pareció agotarse a partir de los años noventa. («Marx, la historia y los historiadores», *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, nº 39, 2012, pág. 79).

Un historiador de la historiografía alemana, de común reconocimiento entre la profesión, Lutz Raphael, resume y sintetiza en su síntesis de historia de la historiografía en el siglo XX que «la investigación histórica marxista constituye, sin duda, la mayor corriente en el seno de la ecumene de historiadores [...], la investigación histórica marxista se convirtió en el siglo XX en el competidor más importante del modelo liberal de progreso, y, a su vez, en heredera» (*La ciencia histórica en la era de los extremos*, 2003, pág. 133).

¿Cuál es la situación actual del marxismo en los estudios históricos?

En 1989, tomada la fecha de la caída del muro de Berlín como principal hito de referencia para la apertura de un nuevo tiempo histórico, comenzó un escenario político y por tanto historiográfico, radicalmente nuevo. La distancia ya permite comprobar cómo el desprestigio y rechazo del marxismo político que acompañó a la desaparición de los sistemas políticos que decían entronizarlo y heredarlo, llevó consigo, aceleradamente, el abandono de su fuerte presencia e influencia en el análisis histórico y social, en la comprensión de las sociedades y de sus pasados, hasta el punto de que una identidad explícitamente «marxista» comenzó a significar una descalificación académica y teórica de los escasos historiadores que se reconocían en ella.

Se puede constatar un cierto y visible retorno a Marx en el despliegue de un nuevo pensamiento crítico, así como que determinadas críticas académicas y políticas al capitalismo actual recuperan no pocos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo; no se esconden ni necesitan ocultarse, algo que parece más difícil encontrar entre los historiadores en general, como atemorizados por reconocer hoy el papel y la influencia de Marx en la concepción y en la práctica de los fundamentos del método histórico hasta hoy, temerosos de que solo su nombre, o el de marxismo, los pueda asociar con cementerios y cadáveres políticos. De modo que, en la actualidad, el relegamiento del marxismo en la historiografía —una especie de terra incógnita para los jóvenes historiadores o para seniores más olvidadizos que disidentes— puede ser considerado una desaparición debida a una derrota política e intelectual, aunque los más optimistas (Hobsbawm) interpretan que buena

parte del método histórico marxiano y de sus aportaciones se han integrado de modo natural y acumulativo en la práctica historiográfica hasta tal punto que ya no es necesario reclamarse del mismo, convertido en una referencia callada, una «tradition cachée» (Traverso).

Este desprestigio del marxismo político oficial que cimentaba los países del «socialismo real», en la hora de la disolución de la URSS y del bloque soviético, fue la oportunidad para combatir cualquier tipo de socialismo posible, histórico o futuro y desacreditar cualquier crítica alternativa a la hegemonía de un neoliberalismo capitalista que se veía libre de competidores, incluso, pronto, del último muro de la socialdemocracia europea. Pues no es casualidad que coincidieran los mandatos del Presidente Reagan (1981-1989) en EE.UU. y el de la primera ministra Thatcher (1979-1990) en el Reino Unido. El visible retroceso del marxismo en la historiografía y en las ciencias sociales en general tuvo causas políticas, y fue el resultado de una derrota.

A todo ello se añadieron intensos procesos de desindustrialización y deslocalización, la «corrosión del carácter» de la clase obrera (Sennet, 1998), y el consiguiente debilitamiento de los sindicatos de clase. La revolución conservadora de los años 80 llegó a su apogeo tras 1989 y no pudo por menos que tener un impacto brutal en la disciplina de la historia. La historiografía difícilmente podía salir indemne de la derrota de amplias proporciones del socialismo «realmente existente», como se decía; el movimiento obrero parecía anulado en sus realizaciones históricas y en sus conquistas de derechos políticos y sociales. Tampoco es casual, como recuerda Enzo Traverso, la sincronía entre este declive del marxismo y la «consagración de la memoria» como un mecanismo sustitutivo de conocimiento del pasado, una oleada me-

morial creciente a lo largo de tres décadas y centrada en las víctimas de las violencias de la historia, desde la esclavitud a los genocidios, que dejaba en el olvido a los actores sociales y al proceso histórico real; la mejor metáfora de este proceso es cómo la memoria del Holocausto ha sustituido a la memoria antifascista (*La historia como campo de batalla*, 2012). La historiografía, en su conjunto, no ha pasado aún la página de la crisis del marxismo; según Hobsbawm, que ya escribió su historia del siglo XX a mediados de los años noventa desde cierta sensación de derrota, los años más oscuros del legado de Marx fueron las décadas siguientes al centenario de su muerte (1983) (*Cómo cambiar el mundo, Marx y el marxismo 1840-2011*, 2011).

Cabe confiar en un panorama diferente ahora, en el bicentenario de su nacimiento (2018), para lo que es necesario recordar que se trata, en palabras del marxista iconoclasta, irreverente filósofo y crítico cultural esloveno Slavoj Žižek, «de problematizar la facilona opción liberal conservadora y no de defender sistemas políticos desaparecidos» (*En defensa de las causas perdidas*, 2011) y no olvidar que hoy, cuando en la historiografía y en la crítica cultural actuales se hace cada vez más visible la conexión entre las nociones de clase, raza y género: «los marxistas y sus organizaciones estuvieron en vanguardia de las tres más importantes luchas de la modernidad contemporánea: la resistencia al colonialismo, la emancipación de las mujeres y el combate contra el fascismo» (Eagleton, *Por qué Marx tenía razón*, 2015, pág. 205).

¿Qué posibilidades existen del desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?

Hace mucho que no tiene sentido de-

finirse como marxista. No es el marxismo un arsenal conceptual autosuficiente, ni un dispositivo teórico listo para su aplicación. El mismo E.P. Thompson, al final de su vida, se declaraba postmarxista. Lo cual no quiere decir que las ideologías y proyectos políticos que colocan en sus horizontes de expectativas la igualdad económica y social, los procesos de inclusión democrática, lo que nuestros antecesores denominaban «emancipación», la oposición crítica a la dominación económica, no hundan sus raíces en la tradición marxista, marxiana o posmarxiana, al igual que lo hacen la construcción de un discurso crítico sobre el pasado que sustente la crítica al presente y aquellos enfoques enfrentados a los usos de la historia legitimadores del poder de los Estados, cuyo objetivo es «naturalizar» para la mayor parte de la sociedad una hegemonía de clase, menos visible que en los tiempos pretéritos que alumbraron a los marxismos.

Uno de las últimas publicaciones del citado Enzo Traverso es una lúcida reflexión histórica sobre la *Melancolie de gauche*. *La force d'une tradition cachée XIX-XXI siècle* (2016), una melancolía que no significa el abandono de la idea de socialismo o la esperanza en un mundo mejor, sino que debe implicar repensar el socialismo después de la derrota que ha experimentado, desde los años ochenta, una generación completa. Se trata de recuperar la memoria de unas luchas políticas y sociales contra los intentos de relegarlas al olvido bajo el manto de una historia justificativa del presente, banal, o turistizada. La melancolía no tiene por qué ser desmovilizadora, no se debe limitar a lamentar una utopía perdida, sino que se ha de ocupar en reconstruirla; las grandes derrotas de la izquierda no provocaron el derrotismo, fueron más bien historizadas y asumidas críticamente, como nos enseñó el «marxismo» original. Otra autora,

rusa recalada en la Universidad de Harvard, desde similares presupuestos, habla de «nostalgia», entendida como una emoción histórica activa y movilizadora (Svetlana Boym: *El futuro de la nostalgia*, 2015). Las dos reflexiones se remiten a la huella y recepción de la obra de otro gran melancólico y nostálgico, Walter Benjamin, cuya estatura crítica, política e intelectual no ha hecho sino crecer con el tiempo: el recuerdo del pasado fallido constituye una fuente de esperanza para el presente y un factor de liberación. La mirada nostálgica al pasado es una vía para recuperar proyectos, ilusiones y esperanzas de perdedores olvidados o marginados, da un nuevo sentido al presente y, como acicate crítico y liberador, levanta chispas de esperanza en el pasado; para salvar el pasado es preciso dar una

nueva vía a las esperanzas de los vencidos, reactualizar las demandas insatisfechas de las generaciones que nos preceden. Sin ir tan lejos, entre nosotros, Juan José Carreras (1929-2006), uno de los principales conocedores y difusores de teoría y métodos marxistas en la universidad e historiografía españolas, haciendo balance de su vida profesional, confesaba una especie de marxismo nostálgico, pues «ha sido derrotada la utopía de la razón, la marxista y la ilustrada [...], Pero también por eso me figuro que hay que hacer algo más que limitarse a sollozar y seguir nadando», en referencia a la hermosa parábola del magistral poema épico de Hans Magnus Enzensberger sobre *El hundimiento del Titanic* (1986). (Juan José Carreras, *Lecciones de historia*, lección 6ª: «El Ángel de la Historia», pas. 88 y ss.).